

Leonard Goldberg

LA HIJA DE
SHERLOCK
HOLMES

bóveda

Título original: *The daughter of Sherlock Holmes*

Primera edición: 2018

© Leonard Goldberg, 2017

© traducción: Mado Martínez, 2018

© de esta edición: Algaida Editores, 2018

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-84-5

Depósito legal: SE. 1379-2018

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Introducción	11
1. El juego está en marcha	13
2. Joanna Blalock	27
3. El jardinero miope	45
4. Christopher Moran	59
5. Prueba de linaje	87
6. San Bartholomew's	99
7. El mensaje	117
8. El club Ateneo	129
9. Toby Dos	141
10. Funeraria Greenbaum's	159
11. El secretario de Moran	175
12. La visita	193
13. El paseo	215
14. El caballero curador	225
15. El ama de llaves	237
16. El código	249
17. El intruso	273
18. Una muerte inesperada	285
19. Derek Cardogan	309
20. La puesta en escena	325
21. Los actores	335
22. La unidad de cuidados intensivos	347
23. El tesoro	363
Notas finales	381
Agradecimientos	383

*En memoria de Rachel,
quien dio tanto y pidió tan poco*

*Todos somos prisioneros de nuestro pasado.
Nos forma y nos define,
y no puede olvidarse ni cambiarse.*

INTRODUCCIÓN

SOY EL DOCTOR JOHN WATSON JUNIOR, HIJO DEL AMIGO íntimo y antiguo socio del famoso Sherlock Holmes, quien dejó este mundo en el año 1903, cuando se encontraba atendiendo unos asuntos en Sussex Downs. A día de hoy, mi padre todavía reside en el 221b de Baker Street, y puede confirmar la veracidad de la historia que estoy a punto de contar. Fue su mano la que nos guio a través de este laberinto criminal y los terribles peligros que contenía. Únicamente él podía servirnos de guía, porque estos mismos episodios dramáticos que están ustedes a punto de leer ya sucedieron con anterioridad, con los mismos personajes que Sherlock Holmes y él se habían encontraron a finales de siglo.

¿Cómo es posible? Es lo que se estarán ustedes preguntando, pues, ¿no están la mayoría de las personas implicadas—Holmes, Moran, Lestrade— muertos desde hace tiempo?

Sí, lo están. Pero sus genes les sobrevivieron, y han transmitido a su prole muchas de las mismas características

que sus padres poseían. Cuando Shakespeare —en su obra de teatro *Julio César*— escribió «las diabluras de los hombres siguen viviendo después de su muerte», me pregunto si en cierta medida se estaba refiriendo a los vástagos de los grandes criminales, y a las despreciables canalladas que estos descendientes de la maldad continuarían haciendo. Sospecho que esta era la intención de Shakespeare, pero el lector puede llegar a sus propias conclusiones en la materia. Al principio me pasé mucho tiempo buscando un título para la historia que estoy a punto de contarles, pero no encontraba ninguno que encajara bien. Así que acudí a mi padre, que fue el cronista más excelente y el que mejor llevó al papel los misterios de Sherlock Holmes. Él sonrió ante la solicitud de su único hijo, dando al instante con el título perfecto: *La hija de Sherlock Holmes*. Nada más pronunciarlo, percibí un brillo en su mirada, y por un momento creí estar leyéndole la mente. Estaba pensando que, después de todo, Sherlock Holmes seguía entre nosotros.



EL JUEGO ESTÁ EN MARCHA

TENÍA LA COSTUMBRE DE IR A VISITAR A MI PADRE, EL Doctor Watson, cada viernes, con el fin de asegurarme de que se encontraba bien y no necesitaba nada. Su estado de salud general iba deteriorándose lentamente, viéndose poco a poco privado de los placeres más elementales de la vida. Pero nunca se quejaba y siempre me recibía con una cálida sonrisa, saludándome con la mano. Aquel viernes de principios de primavera de 1910, le hallé de pie junto a la ventana de su habitación del 221b de Baker Street, observando la fría mañana londinense. Iba moviendo la cabeza de un lado a otro como si estuviera siguiendo algún objeto en movimiento con la mirada. Llevaba una bata andrajosa, tan sumamente gastada, que tenía hasta los codos raídos. Yo me había ofrecido para comprarle un atuendo idéntico con el que retirar aquellos trapos, e incluso llegué a regalarle uno las pasadas Navidades, pero no consintió en ponérselo. Prefería seguir poniéndose aquella vieja bata, el último vestigio de sus emocionantes y felices días con Sherlock Holmes.

—Buenos días, padre —dije alegremente—. Veo que ya te encuentras mejor del resfriado.

—Un poco —respondió con voz rasposa, antes de pegar otra bocanada en su pipa de cerezo favorita.

—No deberías estar fumando —le aconsejé—. Lo único que conseguirás será empeorar la inflamación de tus bronquios.

—Tomaré nota de lo que acabas de decir —dijo, con la vista todavía fija en algún objeto allá abajo en la calle.

Gruñí para mis adentros y pensé en la inutilidad de mis comentarios. Ahí estaba yo, un joven médico de treinta y dos años, dándole consejos a un estimado —ya retirado— doctor que tenía más experiencia médica de la que yo pudiera tener, aunque amontonara todos los años de mi vida. Pero qué le vamos a hacer, el hombre me preocupaba, más de lo que estaba dispuesto a admitir, así que añadí:

—Prométeme al menos que sólo te rellenarás esa pipa dos veces al día.

—¿Por qué iba a hacer una promesa que no tengo intención de cumplir?

—Para hacer que tu hijo se sienta mejor.

Mi padre asintió lentamente antes de decir:

—Así que preferimos una mentirijilla antes que la pura verdad, ¿no?

—En tu caso, no.

Hizo ese movimiento de muñeca que en él quería decir que el tema de conversación estaba zanjado. A la luz de la mañana, pude apreciar claramente la factura que el paso de los años le había pasado a mi padre. Estaba tan delgaducho, encorvado, con el pelo y el bigote pintados de gris. Su



otrora mandíbula firme se hallaba parcialmente difuminada entre la papada colgante. Pero sus ojos seguían siendo astutos, y tenía una vista de águila, a pesar de los años. Al cabo de un rato, me preguntó:

—¿Cómo va el trabajo en San Bartholomew's?

—Satisfactorio —respondí, pero mi tono de voz decía otra cosa.

Durante los últimos cinco años, había estado trabajando como empleado del departamento de patología del hospital de San Bartholomew's, donde la carga laboral era pesada y nunca acababa. Pero era estimulante, así que seguía agarrándome a mi codiciada plaza de profesor asistente. Ni que decir tiene que el jefe de departamento, el doctor Peter Willoughby, le hacía la vida imposible a sus asociados. Maquillaba sus deficiencias con un ladrido cruel y un mordisco todavía más cruel.

—Hay momentos en los que me pregunto si elegí el mejor lugar para poner en práctica mis habilidades.

—Ya llegará tu día —profetizó mi padre—. Aguarda el momento. Los tipos como Willoughby acaban desvaneciéndose y comiéndose a sí mismos.

—La espera es dura.

—Siempre lo es.

De repente, tocó con la pipa la ventana y señaló algún lugar de la calle.

—¡Ah! ¡Ya está haciéndolo!

Me apresuré hasta la ventana para ver qué era lo que despertaba el interés de mi padre. Era una mujer con velo, vestida totalmente de negro, asomando del interior de un coche de caballos. Parecía estar estudiando la dirección de

la calle por encima de la portezuela, y al mismo tiempo girándose por encima del hombro.

—¿Qué dirías que está haciendo? —preguntó mi padre.

—Buscar una dirección.

—Ya sabe la dirección.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque ese mismo carruaje en el que va se ha detenido brevemente frente a esta puerta tres veces, yendo arriba y abajo.

—A lo mejor no estaba segura de la dirección.

—¿Tres veces? —dijo mi padre sacudiendo la cabeza—. No creo. Sabía exactamente dónde deseaba que fuera el carruaje. Es más, hasta le ha dado al conductor una dirección precisa. Por eso el carruaje se ha detenido momentáneamente frente a nuestra mismísima puerta.

—¿Y si es así, por qué no se ha bajado antes?

—Porque no está segura de si debe o no venir aquí con su problema.

—Y por la forma en la que mira alrededor yo diría que teme que alguien la esté siguiendo.

—Posiblemente —dijo mi padre—. Pero no lo creo probable. Si pensara que la están siguiendo, no habría seguido volviendo a su destino hasta tres veces en tan poco tiempo. Es más, quiere asegurarse de que no la ven entrar en esta dirección tan conocida porque tiene un problema muy delicado.

—¿Cómo sabes que tiene un problema muy delicado?

—La muerte de un familiar querido siempre lo es.

Me llevó tan sólo un instante seguir la línea de razonamiento de mi padre.

—¡El vestido negro y el velo! Está de luto.

—Exactamente.

—Veo en ti un poquito de Sherlock Holmes —dije apretándole suavemente el hombro.

—¡Pse! Soy un simple aficionado en comparación con Holmes. Él ya nos habría hecho un informe completo con todos los detalles relativos a esta mujer, incluyendo quién es, dónde vive, y cuál es su posición social. Hasta sabría la naturaleza de su problema y por qué ha venido al 221b de Baker Street. Y si fuera de su interés, tendría la solución a su dilema antes incluso de que entrara por la puerta o dijera una sola palabra.

—¡Anda ya!

—No estoy exagerando —me aseguró mi padre.

—¿Cómo demonios podía hacer eso?

—Porque Holmes no sólo veía las cosas como hacemos todo el mundo, sino que también las observaba atentamente. Habría conectado esas observaciones con su vasto conocimiento acerca de todo tipo de materias, que concretamente en este caso resulta que es la ciudad de Londres. —Hizo una breve pausa para mirar a la mujer del velo, que en aquel momento estaba hablando con el chófer y mirando todavía alrededor—. Déjame ponerte un ejemplo. ¿Te has dado cuenta del emblema que hay en la puerta del carruaje que la ha traído hasta aquí?

—Sí. Pero a mí no me dice nada especial.

—Ni a mí. Pero para Holmes habría representado un valioso cofre de información. Habría reconocido el emble-

ma, sabría de qué área de Londres procede. Y puesto que el carruaje es ostensiblemente caro, y sin duda alguna transporta a una clientela adinerada, Holmes habría averiguado la dirección de la mujer en un área de cuatro manzanas en el oeste de Londres.

—Y su atuendo elegante atestigua que es una mujer con recursos —añadí—. ¿Pero cómo habría logrado Holmes averiguar la naturaleza de su problema?

—Él nos habría dado instrucciones de ir tirando del hilo, que es la forma en la que la mayoría de este tipo de puzles se resuelven. Las pistas más llamativas en este caso son el velo y el vestido negro, los cuales indican que se encuentra de duelo por la pérdida de un familiar querido y muy cercano. Con toda probabilidad, es la muerte de ese ser querido lo que la ha traído aquí. Y hay algo de desagradable alrededor de ese fallecimiento, quizás algún escándalo. Por eso la mujer duda tanto a la hora de acercarse a nosotros con su problema, y a la vez, ese es el motivo por el que no desea que la vean haciéndolo.

—¡Padre! ¡Tienes una mente tan perspicaz!

—No tanto —dijo quitando mérito a su logro deductivo—. Es sólo que vi a Sherlock Holmes actuar de modo similar hace años, cuando una mujer de luto, como esta, acudió a nosotros en busca de ayuda, en un momento de gran angustia.

—¿Y dices que se trata de un escándalo?

—Estoy prácticamente convencido.

—¿Y sabes también de qué escándalo se trata?

—No tengo ni idea, pero Holmes te lo habría dicho en cuestión de minutos. Digamos, por ejemplo, que la di-



rección de la mujer fuera Belgravia, donde vive la aristocracia y también donde nacen los escándalos más jugosos. La desagradable muerte habría sido ampliamente cubierta por la prensa, que Holmes leía diariamente. De hecho, solía mantener copia de todos aquellos periódicos durante una semana en caso de que hubiera dejado pasar algún artículo que de repente pudiera cobrar significado. Holmes habría consultado esos periódicos y habría sabido rápidamente de qué familia era esa mujer, de qué muerte imprevista estaríamos hablando, y la razón de su visita. —Hizo una pausa para volver a encenderse la pipa antes de concluir—: Con todas estas pistas juntas, él, al igual que yo, habría dado por hecho, con sumo acierto, que esta mujer trae consigo un rumor de lo más picante.

—Holmes habría estado orgulloso de ti, padre —aplaudí amablemente.

Mi padre se encogió de hombros.

—Simplemente habría dicho: «Las pistas están ahí, esperando a ser leídas, mi querido Watson».

Tocaron suavemente a la puerta.

—¿Sí? —preguntó mi padre elevando el tono de voz para hacerse oír.

La puerta se abrió y apareció la señorita Hudson, la hija de la vieja señora Hudson, el ama de llaves que había servido a Sherlock Holmes y a mi padre durante tantísimos años.

—Hay una joven abajo que desea verle, doctor Watson. ¿Le digo que suba?

—Por supuesto.

—Resulta extraño que la gente siga acudiendo aquí con sus problemas, ¿verdad? —pregunté a mi padre nada más cerrarse la puerta.

—Como si Sherlock Holmes todavía estuviera vivo —asintió mi padre.

—¿Puedes ayudarlos?

—No tanto como él, pero les doy consejo y esperanza —dijo mi padre encogiéndose de hombros.

—Eres muy buena persona.

Volvió a encogerse de hombros una vez más y dijo:

—Sólo soy un pobre viejo tratando de hacer algo útil.

Oímos unos leves pasos subiendo por las escaleras. Abruptamente, mi padre se enderezó, se pasó una mano por el cabello gris y se atusó el bigote.

—No te metas hasta que no nos haya contado toda la historia.

Hubo otro toque en la puerta y la señorita Hudson dio paso a una joven mujer, vestida de negro de pies a cabeza, sin joyas ni ningún otro adorno. Era pequeña y delgada, y al levantarse el velo, vimos que tenía unos ojos grandes, enrojecidos y tristes.

Habló directamente dirigiéndose a mi padre.

—Estoy en un callejón sin salida y rezo porque pueda usted ayudarme, doctor Watson.

—Lo intentaré —dijo mi padre, haciéndole señas para que se sentara en una amplia y cómoda silla que había junto al fuego—. Este es mi hijo, el joven doctor Watson, haciendo las veces de ayudante. Por favor, díganos quién es y qué la ha traído hasta aquí.



—Mi nombre es Mary Harrelston —dijo con voz temblorosa—. Y estoy aquí por la reciente y trágica pérdida de mi herma... —Y antes de que pudiera continuar hablando las lágrimas empezaron a fluir por sus mejillas. Sollozó durante un rato, y luego se enjugó las lágrimas con un pañuelo que tenía guardado en la manga—. Perdónenme —comenzó de nuevo—. Pero entenderán mi angustia y dolor en cuanto escuchen la historia que tengo que contarles.

—Tómese su tiempo —dijo mi padre amablemente—, y cuéntenos los detalles que rodearon a la descorazonadora muerte de su hermano.

Mary Harrelston abrió los ojos de par en par.

—¿Conocía usted a mi hermano?

—Leí algo en la prensa.

—Por supuesto —asintió ella comprensivamente—. Dicen que su muerte fue un suicidio, pero eso es algo que a mi hermano jamás se le pasaría por la cabeza ni aun en la más profunda de las congojas. Estaba endeudado hasta las cejas con un amigo llamado Christopher Moran, y había perdido mucho más apostando con este sujeto la noche anterior a su muerte. Cuando Moran salió un momento de la habitación en la que habían estado echando la partida, dijo que mi hermano estaba tan consumido por la desesperación que se tiró por la ventana para matarse. Eso, doctor Watson, es imposible, porque mi hermano era el líder de nuestra familia, de nosotros, de mi padre, de madre y de mí, y todos dependíamos de él y de su gran fortaleza. Su adicción al juego era una debilidad, sí, pero era impresionantemente fuerte en todos los demás aspectos de la vida. Ade-

más, no dejaba de asegurarnos que tenía una solución definitiva a nuestros problemas financieros, y que pronto dejarían de ser tales. Esas no son las palabras de un hombre que está a punto de quitarse la vida.

Mi padre bizqueó, como si estuviera tratando de recapturar un antiguo recuerdo, y luego preguntó:

—¿Ha dicho que el compañero de juego se llamaba Moran? ¿M-O-R-A-N?

—Sí —respondió—, así creo que se deletrea.

—Curioso. Muy curioso —remarcó mi padre—. Por favor le ruego que continúe.

La mujer hizo una pausa y se tocó suavemente la mejilla una vez más, enjugándose todavía una lágrima, antes de añadir:

—Un hombre con un carácter tan fuerte jamás lo habría hecho.

—A lo mejor sobreestimó usted su fortaleza —pensé en voz alta.

Mi padre me lanzó una mirada de desaprobación por haber interrumpido el relato de su historia con una de mis presunciones.

Por suerte, mi actitud no molestó en lo más mínimo a Mary Harrelston, quien continuó relatando:

—Mi valoración de su fortaleza no está simplemente basada en el amor que sentía por mi hermano, sino también en sus heroicidades fuera de la familia. Recibió condecoraciones por su valor en la segunda guerra afgana, donde fue capturado por el enemigo como prisionero, junto con otros soldados. Él fue el artífice de la planificación y ejecución de la huida. Sus medallas y condecoraciones podrían



llenar el pecho de cualquier abrigo militar. No era uno de esos tipos que se quita la vida cuando se topa con un gran desafío por delante.

—En efecto —asintió mi padre mostrando su acuerdo—. Pero aun así los periódicos decían que había dos testigos que presenciaron el trágico evento.

—Había dos, pero cada uno decía una cosa —dijo ella—. Un jardinero que trabajaba calle abajo juró haber visto a mi hermano saltando agitadamente por la ventana, mientras que otro muchacho de diez años que pasaba andando por allí con su madre asegura que mi hermano parecía que caía flotando inmóvil desde el tejado.

—¿Flotando inmóvil desde el tejado, dice usted? —la interrogó mi padre.

Ella asintió con firmeza.

—Aquellas fueron exactamente las palabras del chico de acuerdo con Scotland Yard. Pero por supuesto, desestimaron su testimonio y creyeron que estaba adornando los hechos con su propia imaginación. Así que tenemos dos versiones diferentes del mismo suceso. Y hay una diferencia muy obvia entre *saltando agitadamente por la ventana* y *flotando inmóvil desde el tejado*.

—¿Cuál de las dos cree usted que era la correcta? —pregunté.

—Quién sabe —respondió—. Todo lo que sé es que tengo un hermano muerto y que la reputación de mi familia se ha manchado para siempre por culpa de un jardinero de la zona y un joven muchacho que casualmente lo vio caer al pasar por allí. —De repente su rostro se endureció antes de seguir—: No es justo, doctor Watson. No es justo.

—¿Qué le gustaría que hiciera? —preguntó mi padre.

—¡Que averigüe el porqué! ¡Que investigue! ¡Que limpie el buen nombre de mi familia encontrando al responsable de la muerte de mi hermano!

La expresión de mi padre me decía que no tenía mucho interés en el caso y tampoco tenía mucho que ofrecerle a aquella pobre mujer.

—Quizá podría hacer algunas averiguaciones en Scotland Yard en su nombre —le ofreció mi padre.

—No son de ninguna ayuda —dijo—. Debo confesar que antes de venir aquí consulté a un detective privado que me propuso lo mismo que usted acaba de proponerme. Scotland Yard le dijo en términos bastante claros que no pensaban molestar a la señora Blalock y su hijo, ni al jardinero. Ya prestaron declaración en su día y el caso está cerrado.

Mi padre saltó de la silla y miró a la mujer.

—¿Dice que una de las testigos era Joanna Blalock?

—Sí —respondió—. Era la señora Blalock la que iba andando con su hijo, y fue el pequeño Johnnie quien presencié la caída de mi hermano. Ella pone la mano en el fuego por la versión de su hijo.

—¿Estamos hablando de la nuera de *Sir* Henry Blalock, residente en Belgravia?

—La misma.

—¿Está usted segura?

—Segurísima, señor.

—Entonces creo que tenemos que echar un vistazo a todo este asunto —dijo mi padre con autoridad—. Deberíamos investigar en detalle esta tragedia.



—Muchas gracias —dijo ella verdaderamente agradecida—. Siento como si me hubiera quitado un gran peso de encima. —Extendió la mano y mi padre acudió a besarla. Mientras caminaba hacia la puerta hizo una última pregunta—. ¿Por dónde empezará?

—Por los testigos.

—Entonces le aconsejo que evite al inspector Lestrade. Fue él quien insistió en que la señora Blalock y el jardinero no debían volver a ser molestados.

—Ahí es donde empieza el caso, y ahí es justo donde iré —dijo resueltamente mi padre.

—Si hay algún gasto, yo correré...

Mi padre despreció la oferta con un gesto de mano.

—La mantendremos informada.

Mary Harrelston abandonó rápidamente la estancia llevándose consigo la pequeña esperanza que mi padre le había dado.

Cuando se fue, noté que la apariencia de mi padre había cambiado radicalmente. Se estaba frotando las manos alegremente mientras paseaba de un lado a otro, luciendo una postura recta y firme, destilando brío en cada paso.

—¿A qué viene esta súbita alegría y emoción que veo en tí, padre? —inquirí.

—Viene a que, mi querido John —respondió, rellenándose la pipa—, ¡el juego está en marcha!